

## FENOMENÓLOGOS EN TIEMPOS SOMBRÍOS. LA DISCUSIÓN DE ARON GURWITSCH Y DORION CAIRNS SOBRE EL NAZISMO\*

**Jesús M. Díaz Álvarez**

Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, España  
jdiaz@fsof.uned.es

A Lester Embree, amigo y maestro

“France”, Miss Barzin assures us, “may be crushed materially, politically, and even morally. But the love of the spirit for the spirit’s sake will live there forever”. Is it foolish to cherish a like hope for Germany, even while we go about the task of defeating German arms?

D. Cairns

Mr. Cairns would like to cherish this hope for Germany too. I cannot help being afraid that such a hope is a generous illusion. I regret it as [much as] any do. But the facts must be faced.

A. Gurwitsch

### Resumen

Este ensayo cuenta una historia: la discusión entre Aron Gurwitsch y Dorion Cairns sobre el origen y la naturaleza del nacionalsocialismo. Consta de tres partes y una introducción general. En la primera parte se accede al desencadenante de la discusión: la carta que una ciudadana, Miss Betty Barzin, publica el 22 de febrero de 1941 en el periódico *The Nation*. La carta llama la atención sobre el diferente trato que Francia (la Francia de Vichy) y Alemania dieron a Bergson y a Husserl cuando ambos murieron. Francia celebró a Bergson como una gloria nacional. Alemania humilló a Husserl durante sus últimos años y más tarde lo olvidó. La razón última de este trato diferente habría que buscarla, según Barzin, “en el abismo que divide y siempre dividirá la civilización latina y la *Kultur* alemana”; una *Kultur* que habría desembocado “naturalmente” en el nacionalsocialismo. La segunda

---

\* Quiero expresar mi agradecimiento a José Luís Villalaín y Gema R. Trigo por las sugerencias y comentarios valiosos que hicieron a una versión previa de este ensayo. El profesor Lester Embree leyó el texto como suele, con generosidad y espíritu crítico. A él le debo el haberme iniciado, hace ya casi diez años, en el estudio de Gurwitsch. También le debo el constante ánimo para persistir en la tarea. Vaya, pues, un mínimo gesto de reconocimiento a su persona y su obra en este artículo que le dedico.

parte aborda la discusión de esta tesis. Gurwitsch se mostrará de acuerdo con Miss Barzin y Cairns se opondrá; en medio se produce la muy interesante discusión de ambos sobre el origen y la naturaleza del nazismo. La tercera parte es, finalmente, una valoración de la disputa.

### Abstract

This essay tells a story, the discussion between Aron Gurwitsch and Dorion Cairns about the origin and nature of National Socialism. It has three parts plus a general introduction. The first one shows the immediate cause of the discussion: the letter of a citizen, Miss Betty Barzin, published on February 22nd 1941 in the newspaper *The Nation*. The letter highlights the different treatment that France (the France of Vichy) and Germany gave to Bergson and Husserl when both died. France celebrated Bergson as a national glory. Germany humiliated Husserl during his last years, and later forgot him. The real reason for this is, according to Barzin, "the gulf which divides, and always will divide, Latin civilization and German *Kultur*"; a German *Kultur* which has ended "naturally" in National Socialism. The second part deals with the discussion of this thesis. Gurwitsch will agree with Miss Barzin, and Cairns will oppose her; in between, a very interesting discussion between them about the origin and nature of Nazism. The third part is an assessment of that discussion.

### Introducción

Don José Ortega y Gasset, ese pensador imprescindible para todo aquel que quiera reflexionar desde la lengua castellana, nos invita a contar historias para entender el mundo. A su juicio, la razón pura debe dar paso a la razón histórica o razón narrativa porque sólo contando historias es posible reconstruir y dar sentido a las vidas de los humanos. En su opinión, las narraciones —por lo menos algunas de ellas— tendrían la capacidad siempre tentativa de desvelar, siquiera parcialmente, algunos de los enigmas que conforman la aventura de la existencia<sup>1</sup>. Siguiendo esta sabia recomendación, en las páginas del presente ensayo me propongo contar una historia, un fragmento de vida poco conocido dentro del movimiento fenomenológico. Sus protagonistas son Dorion Cairns y Aron Gurwitsch, dos distinguidos discípulos del gran Edmund Husserl. La trama, el nazismo: su naturaleza, su origen, el porqué de su auge y seguimiento en una de las naciones más cultas de Europa. Las fuentes, el intercambio epistolar que mantienen a propó-

---

<sup>1</sup> Sobre la razón histórica orteguiana, cfr., por ejemplo, José Ortega y Gasset, "Historia como sistema", en *Obras Completas*. Tomo VI: 1941-1955, Madrid, Taurus, 2006, pp. 47-81.

sito de ese asunto entre abril y junio de 1941<sup>2</sup>. Creo que el tema, la fecha en la que se produce y la inteligencia de los protagonistas, merecen que se le dedique un poco de atención. Pero, antes de comentar las ideas contenidas en estas misivas, permítaseme que primeramente recoja muy a vuela pluma alguno de los rasgos biográficos más destacados de ambos filósofos hasta el momento justo en que empieza el intercambio de pareceres. Una vez hecho esto, abordaré, en una segunda sección, el detonante del epistolario, para pasar luego, en la tercera parte, a desentrañar los entresijos del mismo. Terminaré, por fin, con una breve coda final en la que trato de valorar críticamente las dos posiciones.

Dorion Cairns y Aron Gurwitsch se conocieron en la cocina de la casa de Husserl en 1932. Cairns, hijo de un humilde pastor metodista, había obtenido su *B. A.* por la universidad de Harvard en 1924, año en el que se le concede una beca para ir a Europa. Tal y como cuenta en *My Own Life*, un ensayo autobiográfico de gran interés, su intención original en ese primer viaje era seguir la estela de sus predecesores en el disfrute de la ayuda y hacer un gran *tour* por algunas de las universidades más prestigiosas del viejo continente<sup>3</sup>. Quería pulsar el ambiente universitario de Alemania, Francia e Inglaterra. En Alemania, el primer destino era la universidad de Marburgo; Paul Natorp la celebridad a visitar. Sin embargo, Natorp falleció durante el trayecto y eso hizo que el segundo nombre de la lista pasase a primer lugar. Ese nombre era Edmund Husserl.

No es éste el momento para contar el sustancioso primer encuentro con el autor de las *Ideas*, la decepción que éste le manifiesta por el pensamiento y la actitud de Heidegger o los consejos y la amabilidad que recibe de aquel "hombre menudo de voz suave y calmada". Lo que sí importa resaltar es que después de esta primera visita decide cambiar todos sus planes. Suspender su gira turístico-filosófica y permanecer en Friburgo estudiando con Husserl. Tras pasar un año, y gracias a una muy elogiosa carta del viejo

---

<sup>2</sup> El intercambio epistolar ha sido recogido en Lester Embree (ed.), "Two Husserlians Discuss Nazism: Letters between Dorion Cairns and Aron Gurwitsch in 1941", *Husserl Studies*, vol. 8, 2 (1991) 77-105.

<sup>3</sup> Dorion Cairns, "My Own Life", en Fred Kersten and Richard Zaner (eds.), *Phenomenology: Continuation and Criticism. Essays in Memory of Dorion Cairns*, The Hague, Martinus Nijhoff, 1973, pp. 1-13. Sobre la vida de Cairns, a parte de este ensayo, resulta de gran interés la "Introduction" que Lester Embree hace a la edición de las cartas.

maestro a la Universidad de Harvard, Cairns consigue prolongar su estancia en Alemania otros dos semestres, aunque el entonces director del departamento de filosofía no deja de advertirle en tono jocoso: "Espero que cuando vengas, después de haber estudiado dos años con Edmund Husserl, no nos digas que la fenomenología es la única filosofía verdadera"<sup>4</sup>. A finales de 1925, Cairns regresa a los Estados Unidos. Pasarán seis más hasta que vuelva a Friburgo. Será precisamente durante esta segunda estancia, entre otoño de 1931 y noviembre 1932, cuando se produzca, como ya indiqué, el citado primer encuentro con Gurwitsch en la cocina de Husserl. Nada sabemos de la relación entre ellos durante ese período o en los años inmediatamente posteriores. Es incluso muy probable que entre 1932 y 1940 hubiera habido un escaso o nulo contacto entre ellos. Pero en esta última fecha, 1940, se produce el reencuentro en Filadelfia, en el congreso anual de la Asociación Americana de Filosofía, que incluyó, probablemente por primera vez en los Estados Unidos, un simposium sobre fenomenología. Habían pasado 8 años y en ese tiempo muchas cosas habían cambiado. Cairns había vuelto de Alemania con un profundo amor por aquel país y su cultura. En 1933 se había doctorado en Harvard con una tesis sobre Husserl e intentaba hacerse un hueco como profesor de filosofía en los atribulados años de la depresión económica. Sólo tras muchos esfuerzos consiguió en 1938 un puesto de ayudante en el Rockford College, una pequeña universidad para señoritas, en el que permaneció hasta 1950. A Gurwitsch, por su parte, las cosas le habían ido y le continuaban yendo bastante peor<sup>5</sup>. Nacido en Lituania e hijo de un próspero comerciante judío, había fracasado en su intento paralelo de labrarse un futuro académico en la que hubiera sido su "comunidad natural", la universidad alemana. La historia reciente de ese país lo había convertido de repente, como a tantos otros, en judío<sup>6</sup>. Así pues, en 1933 huye a Francia, de la que tiene que volver a escaparse en 1940, tras

---

<sup>4</sup> Cuando Cairns volvió no dejó caer en saco roto la insinuación de su director, manifestándole que "la única filosofía verdadera o, mejor dicho, el único método filosófico válido era el método fenomenológico de Husserl". Dorion Cairns, *op. cit.*, p. 8.

<sup>5</sup> Para la biografía de Gurwitsch, cfr. Lester Embree, "Biographical Sketch of Aron Gurwitsch", en Lester Embree (ed.), *Life-World and Consciousness: Essays for Aron Gurwitsch*, Evanston Il., Northwestern University Press, 1972, pp. XVII-XXX.

<sup>6</sup> Sobre este fenómeno resultan especialmente conmovedoras las memorias de Karl Löwith, *Mein Leben in Deutschland vor und nach 1933. Ein Bericht*, Stuttgart, Metzler, 1989.

la ocupación nazi. Esta vez su destino son los Estados Unidos, donde ha de comenzar prácticamente desde cero, aunque cuenta, eso sí, con la inestimable ayuda de su buen amigo Alfred Schütz<sup>7</sup>.

Éste es, pues, el contexto en el que se produce el mencionado reencontro en la Filadelfia de 1940. Meses después, y marcando los inicios de la que sería una gran amistad, tendrá lugar el intercambio epistolar que motiva este ensayo. Las cartas que se conservan son cinco. Tres de Gurwitsch y dos de Cairns, y fueron editadas en 1991 por el profesor Lester Embree en la revista *Husserl Studies*.

### 1. Los inicios. Una carta de Miss Barzin

El intercambio de pareceres de Cairns y Gurwitsch sobre la naturaleza del nazismo tiene su origen en un acontecimiento completamente fortuito, la carta que una ciudadana llamada Betty Barzin, de la que prácticamente sólo sabemos su nombre, envía al periódico *The Nation* el 22 de febrero de 1941. En ella, Miss Barzin plantea de modo inteligente las diferencias culturales entre Alemania y Francia a propósito del trato diverso que ambos países han dado a sus dos glorias filosóficas más destacadas y recientemente fallecidas: Bergson y Husserl.

Bergson, desaparecido un mes antes de que Barzin escribiera su misiva, es decir, en enero del 41, era un judío que a pesar de estar afectado por las leyes raciales antisemitas del gobierno títere de Vichy, fue honrado en ese difícil año por las propias autoridades pronazis como una gloria de Francia. Barzin narra en su carta cómo un alto funcionario de la administración habla ampliamente de las grandes contribuciones que el premio Nobel hizo al renacimiento del pensamiento francés o cómo el propio ministro de educación del gobierno petenista envía una representación a las exequias. ¿Cuál fue en cambio el trato dado al también judío Husserl por las autoridades alemanas? Para Barzin lo menos que puede decirse es que la Alemania hitleriana estuvo muy lejos de honrar al gran pensador cuando éste murió en 1938. Fuera de su país, se lamentó su pérdida grandemente, pero dentro del

---

<sup>7</sup> Para la relación entre Gurwitsch y Schütz es imprescindible su intercambio epistolar: Alfred Schütz / Aron Gurwitsch, *Briefwechsel 1939-1959* (herausgegeben von Richard Grathoff), München, Wilhelm Fink Verlag, 1985.

Reich “ni una voz se levantó para rendir tributo a su filosofía”<sup>8</sup>. Pero, ¿por qué sucedió una cosa semejante?, ¿por qué esa diferencia de trato? En su carta, la hábil e inteligente Miss Barzin suelta la carga de profundidad que va a motivar la discusión y el consiguiente intercambio epistolar. Dice:

Todo esto [se refiere al diferente trato] le hace meditar a uno, ilustrando claramente el abismo que divide y que siempre dividirá la civilización latina y la *Kultur* Alemana. Francia puede ser aplastada materialmente, políticamente e, incluso, moralmente. Pero el amor por la razón (*Spirit*) por mor de la razón misma vivirá en ella para siempre. Un amor por la razón, mostrado todavía por el propio gobierno francés que está, al mismo tiempo, expulsando a los judíos de sus puestos de enseñanza.<sup>9</sup>

La tesis de Barzin sugiere, por lo tanto, que bajo el diferente trato dado a Berson y Husserl se esconden dos tradiciones diversas y enfrentadas. La francesa, ahormada por la mejor Ilustración —denominada aquí, según la terminología del momento, cultura latina— estaría resistiendo, no sin grandes tensiones y contradicciones, el embate nazi. Eso explicaría que incluso las propias autoridades pronazis de Vichy siguieran honrando y reconociendo en el “judío” Bergson a uno de los grandes de Francia y de su espíritu ilustrado. Por el contrario, el comportamiento de Alemania con Husserl indicaría que la *Kultur* que ha cuajado la mentalidad contemporánea del país no está estructurada sobre la base de tales ideas y que, en consecuencia, un pensamiento ampliamente racionalista como el husserliano no representaría en absoluto lo que los alemanes del momento piensan de sí mismos y su tradición. Husserl y su filosofía encarnarían, curiosamente, lo no alemán por excelencia.

La reacción de Cairns a la carta de Barzin no se hizo esperar y el 29 de marzo de 1941 el mismo periódico, *The Nation*, publica su réplica. En ella desmiente algunos de los datos erróneos que Barzin maneja sobre la vida y muerte de Husserl. Miss Barzin había escrito, por ejemplo, que Husserl había tenido que huir a Checoslovaquia después de que Hitler tomara el po-

---

<sup>8</sup> Lester Embree (ed.), “Two Husserlians Discuss Nazism: Letters between Dorion Cairns and Aron Gurwitsch in 1941”, p. 84.

<sup>9</sup> *Idem*.

der y que allí había muerto. Pero más allá de semejantes errores, lo que concita nuestro interés es que se muestra en total desacuerdo con la tesis culturalista de Barzin. Para Cairns no tiene demasiado sentido hablar de la cultura latino-francesa como una cultura de la razón. Ni tampoco puede afirmarse que la cultura alemana sea contraria a ella. Una prueba de lo primero sería el famoso caso Dreyfus, que revelaría que dentro de la propia tradición cultural francesa hubo y hay una amplia tendencia antisemita autóctona. Con respecto a lo segundo, viene a decir que identificar la cultura alemana con el nazismo, a parte de ser fácticamente erróneo, significa privar de esperanza a un pueblo una vez que los aliados ganen la guerra. Si ser alemán se identifica con ser nazi, ¿qué esperanza queda para Alemania cuando la guerra termine? En las últimas líneas de su réplica dice Cairns:

¿es estúpido anhelar un poco de esperanza para Alemania [esperanza cifrada en la recuperación de ese espíritu ilustrado que Barzin quiere encarnar en Francia y negar al país germano], incluso aunque estemos ocupados con la tarea de derrotarla por las armas?<sup>10</sup>

Como veremos más adelante, este interesante argumento de *la esperanza para el día después de la derrota* jugará un papel importante en la posición del discípulo norteamericano y su rechazo de la tesis culturalista. Pero vayamos ya a la disputa y a los diversos argumentos que se desgranán en las cinco cartas en cuestión.

## 2. La disputa

Gurwitsch leyó la carta-respuesta de su colega en el mencionado diario e inmediatamente le escribió. Como consecuencia, Cairns recibió el 16 de abril de 1941 dos misivas. La primera, de carácter personal; la segunda con el texto que Gurwitsch pretendía mandar al periódico como respuesta al escrito de su amigo. En ambas, el autor de *El campo de la conciencia* es meridianamente claro sobre su posición. Así dice en la primera:

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 85.

Leí la discusión que tuviste con Miss Barzin en *The Nation*. Tan de acuerdo estoy contigo en asuntos fenomenológicos, como en desacuerdo —y siento decir esto— en el tema objeto de discusión.<sup>11</sup>

Y en la segunda:

El trato diferente de Husserl y Bergson no es sino un asunto especial que pertenece a un tema mucho más general. Ese tema es [y aquí repite las palabras de Barzin] “el abismo que divide y siempre dividirá la civilización latina y la *Kultur* alemana”.<sup>12</sup>

Para Gurwitsch, pues, Miss Barzin da plenamente en el clavo al leer en clave cultural los comportamientos alemanes y franceses respecto de sus dos máximas figuras filosóficas del momento. Pero esto significa que Gurwitsch está secundando a la desconocida narradora en un asunto de gran calado a la hora de entender el fenómeno del nazismo. En efecto, la tesis fuerte que va a defender es que *ese movimiento no es un acontecimiento arbitrario dentro de la cultura alemana, un hecho casual que podría haberse dado allí del mismo modo que en cualquier otra parte*. A este respecto, en la primera carta nos recuerda que la llegada de Hitler al poder no se debió a una imposición o conquista, sino a que millones de alemanes le dieron sus votos en 1932 y 1933. Esto quiere decir que su programa, incluido el antisemitismo, recogía el sentir de una gran mayoría de la población alemana, empezando —y esto es decisivo para él— por la *intelligentsia*, representante por excelencia de la cultura de un país. Gurwitsch llega a afirmar que los alemanes no nazis o que ven el nazismo como un profundo error son una excepción. En relación con esto, se preguntará con toda crudeza hasta dónde puede distinguirse lo alemán, lo que los propios alemanes desde hace casi dos siglos hasta el presente consideran como su ser más propio, de lo nazi, dando un margen casi nulo para la separación.

Pero vayamos paso por paso y veamos primero con cierto detalle la discusión acerca de la tesis principal. ¿Hay realmente un abismo entre la civilización latina y la *Kultur* alemana? ¿Es el nazismo un hijo legítimo de esa

---

<sup>11</sup> *Idem*.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 87.



*Kultur* o se trata más bien de un fenómeno azaroso que podría darse en cualquier otra parte? Empezaré por los argumentos de Cairns en su amplia carta, la más extensa de cuantas escribe (cinco apretadas páginas), del 20 de abril del 1941. Seguiré por la réplica de Gurwitsch, del 27 del mismo mes, y terminaré con la más breve contrarréplica de Cairns, fechada el 26 de junio, que finaliza la correspondencia.

Ya sabemos que el fenomenólogo norteamericano es contrario a la tesis culturalista. Y la estrategia que va a seguir para intentar refutarla se centrará en desmentir desde diversos frentes la contraposición que Gurwitsch y Barzin, siguiendo una tesis clásica del momento, hacen entre civilización latina y *Kultur* alemana<sup>13</sup>. Para Cairns separar Europa poniendo a un lado la civilización latina y a otro la cultura alemana es algo puramente arbitrario o, cuando menos, una posibilidad más entre otras muchas de hacer un corte, una distinción, en la cultura del viejo continente. Corte que, por otro lado, no conduce a nada concluyente sobre la supuesta *excepción cultural alemana*. En este caso, y si hablamos de civilización latina, parece que el rasgo distintivo al que quiere apuntarse, por lo menos en primera instancia, tiene que ver de alguna manera con el lenguaje, más en concreto, con la lengua latina. Pero, si esto es así, la lógica oposición a tal civilización latina no sería solamente aquella que comprende la cultura de Alemania, sino que bajo tal expresión también habría que incluir a todos aquellos países y pueblos no alemanes que hablan alemán y a todas las lenguas emparentadas con el idioma germánico. Por ejemplo, las lenguas escandinavas, el propio inglés, el holandés, el flamenco e, incluso, el yiddish. Pero entonces, la conclusión evidente es que la cultura germánica como un todo, aquella que comprende a los pueblos lingüísticamente no latinos y emparentados por el idioma alemán, no tiene más o menos relación con la Ilustración o la racionalidad que la que Gurwitsch rotula como civilización latina. Por otro lado, continúa Cairns, también sería lícito apelar a otro tipo de rasgos culturales no lingüísticos a la hora de poder comprender las diferencias que conforman Europa.

---

<sup>13</sup> Un excelente artículo que dibuja ampliamente el trasfondo histórico de esa contraposición es el de Juan García-Morán "A vueltas con la 'cuestión alemana': entre la democracia y la tentación nacionalista", *Revista del Centro de Estudios Constitucionales* 14 (1993) 169-201.

Uno de gran relevancia podría ser la religión. Si usamos tal factor, Europa aparece dividida de una forma distinta. Y —lo que resulta todavía más interesante— tampoco de aquí podemos extraer consecuencias sobre la supuesta excepcionalidad alemana que la vincularía al nazismo. La conclusión del argumento es que “diferentes principios divisorios raramente aíslan el mismo conjunto de personas y —lo que todavía es más importante— semejantes distinciones tienden a enmascarar un todo cultural mucho más inclusivo: la unidad de la cultura europea u occidental”<sup>14</sup>. Dicho de otra manera, y éste es el punto decisivo al que quería ir a parar el fenomenólogo norteamericano: *Alemania y su cultura son una parte integrante del todo que compone la cultura europea. No hay un abismo entre ella y el resto de Occidente. No hay un factor o una combinación especial de elementos que la hayan conducido al nazismo. Ni siquiera existe en ella una alquimia particular de rasgos comunes a toda Europa (el nacionalismo, el antisemitismo, el imperia- lismo, el racismo, etc.) que hayan podido hacer a Alemania más proclive a la infección nazi. Para Cairns, los vicios que un día cristalizaron en el nazis- mo son comunes a todo el continente, igual que lo son sus virtudes, entre ellas, la de querer ser una cultura de la racionalidad. Lo cito de nuevo:*

Es un error fatal creer que ninguno de los vicios y las virtudes impor- tantes de Europa no son algo común a la cultura occidental como un todo. También lo es pensar que cualquier cosa que podamos definir como cultura “alemana” o “latina” o “francesa” o “americana” es pu- ramente virtuosa o puramente viciosa. Esos son los errores monumen- tales que los dictadores fomentan entre aquellos a quienes engañan y están implícitos en las palabras y las acciones de los chovinistas y su- perpatriotas sentimentales de cualquier parte. El complejo de factores agrupado ahora bajo el título de “fascismo” es un mal *común* en rela- ción a cualquier distinción que pueda hacerse entre cultura alemana o latina. Y tal complejo —insistirá Cairns una vez más remachando su tesis— no nace de fuentes idiosincráticamente alemanas o latinas.<sup>15</sup>

Pero entonces, ¿por qué cristalizó el nazismo en Alemania y no en otras partes? Es más, ¿cómo se explica el hecho decisivo apuntado por Gurwitsch de que Hitler triunfara en medio de la aclamación popular, que no fuera im-

---

<sup>14</sup> Lester Embree (ed.), “Two Husserlians Discuss Nazism: Letters between Dorion Cairns and Aron Gurwitsch in 1941”, p. 91.

<sup>15</sup> *Idem.*

puesto por la fuerza o a través de una invasión, sino que ganara el poder democráticamente? La respuesta de Cairns es inteligente y da qué pensar. Siguiendo la trama fundamental de su tesis, el gran traductor de la *Meditaciones Cartesianas* achaca tal victoria a factores externos, a acontecimientos históricos azarosos que desgraciadamente concurren en Alemania y que, de haberse dado en otro sitio, habrían podido terminar del mismo modo. Entre alguno de esos factores decisivos que hubieran podido no ser o ser de otro modo destacará la desastrosa Paz de Versalles, que humilla innecesariamente a Alemania y sienta las bases del posterior fracaso de la república de Weimar. Fue un craso error pensar que mantener a Alemania en un sempiterno estado de debilidad aseguraría la paz a Francia, dice Cairns. También se refiere a la galopante crisis económica fruto del Crack del 29, al paro, a la inflación y a las tremendas condiciones de vida que impulsaron a muchos a ver en Hitler, ciertamente, a un salvador. Pero es que, además —y creo que esta observación del filósofo está llena de interés y agudeza histórica—, ese “muchos” que apoyó a Hitler nunca llegó a ser la mayoría del pueblo alemán, no al menos en unas elecciones libres. En este contexto, Cairns le recordará a su amigo Gurwitsch cómo el futuro *Führer* nunca tuvo mayoría absoluta en *Reichstag*, lo cual significa que nunca consiguió el apoyo explícito de la mayoría de los alemanes. En efecto, el gobierno que aupó al líder del partido nazi al poder en 1933 es un gobierno de coalición. Pero es que incluso en las últimas elecciones de marzo, y ya en medio de una amplia persecución a la oposición socialdemócrata y a los líderes comunistas, el partido de la esvástica tampoco consigue la ansiada mayoría (44% de los votos). Por eso va a necesitar a un reluctant Partido de Centro, el partido de orientación cristiana, para conseguir los votos parlamentarios que den a Hitler los poderes excepcionales que conducen a la liquidación de la República de Weimar. Y una vez destruida la República, continúa Cairns, no debe nunca desestimarse la “fuerza de convicción” que tienen el “terror, el asesinato y los campos de concentración”<sup>16</sup>. En definitiva, son

---

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 93. Un libro que da toda su fuerza a la argumentación de Cairns es el prestigioso historiador de Yale Henry Sabih Turner. Cfr. *A treinta días del poder*, Barcelona, Edhasa, 2002. También resulta de gran interés el capítulo que Gabriel Jackson dedica a la “Depresión y confrontación ideológica, 1930-1939” en su monumental *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*, Barcelona, Planeta, 1997, pp. 197-228.

todos estos factores históricos, políticos y económicos, factores azarosos y arbitrarios que habrían podido no suceder, o hacerlo en otro país con iguales o parecidos resultados, los que cristalizan en el nazismo y no una vía peculiar, un *Sonderweg* específico de la cultura alemana. Hasta aquí, la trama esencial de la argumentación de Cairns en esta carta. Vayamos ahora a la respuesta de Gurwitsch en su larga misiva del 27 de abril.

El brillante discípulo de Husserl empieza su exposición recordando que cuando habla de latinidad, y lo mismo cabría atribuir a Barzin, no se está refiriendo a un tipo de cultura fáctica conformada entorno a una lengua concreta, el latín en este caso, sino a una idea. Y, ¿cómo cabría resumir esa idea? Para responder a esta trascendental pregunta no me resisto a citar por extenso un texto ejemplar de claras resonancias husserlianas. Dice Gurwitsch: Cuando hablo de latinidad,

lo que quiero expresar es una idea, la idea de una civilización universal. Esta idea afirma que sólo hay una verdad válida [...] para toda la humanidad con independencia de aquello que podría diferenciar a varios grupos dentro de la propia humanidad. De este modo, y a la luz de semejante idea, estas diferencias carecen de la mayor importancia. Me estoy refiriendo a la idea de que hay un reino espiritual válido y absoluto que no es expresión de una personalidad X ni de la nación, la raza o del carácter condicionado, cualquiera que sea éste, de alguien [...]. [Así], aquello que es más impersonal en este sentido es lo que concierne más hondamente a todos en la medida en que son seres humanos (*animal rationale*). Es a esta idea a la que el nazismo y el comunismo han declarado la guerra. Y entiendo tal idea no como un hecho que ha de ser averiguado desde fuera, no como algo que un historiador que observa externamente la civilización occidental podría revelar a partir del material objeto de su estudio, sino como una "idea teleológica" por la cual la civilización occidental ha sido guiada consciente, intencional y deliberadamente; de la cual esta civilización ha sido consciente, de modo que tal idea y la conciencia de ella pueden encontrarse en los cimientos de todo logro [civilizatorio] que merece ese nombre.<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup> Lester Embree (ed.), "Two Husserlians Discuss Nazism: Letters between Dorion Cairns and Aron Gurwitsch in 1941", p. 95. Es muy interesante y novedosa la referencia que Gurwitsch hace al comunismo. Su asimilación al nazismo como movimiento totalitario es muy temprana y completamente infrecuente en aquella época. Cairns, en cambio, no hace mención alguna a esta ideología. Para un desarrollo más pormenorizado, aunque no amplio, de

Civilización latina es, pues, para Gurwitsch un trasunto de la idea de Europa de Husserl, es decir, la cultura de la racionalidad. Lo que el filósofo se preguntará a renglón seguido es si Alemania está dentro de ella, si cabe incluirla —y ésta es la clave— *culturalmente*, como quería su amigo Cairns, en el círculo de la Ilustración. Dicho de otro modo, ¿participa la *Kultur* alemana en su raíz más profunda de estos presupuestos universalistas y racionalistas? Para Gurwitsch es evidente que los franceses sí lo hacen. Afirma, incluso, que tienen un cierto derecho a monopolizar tal idea mediante el apelativo de cultura latina porque la racionalidad, por lo menos desde los tiempos de Descartes, es el cañamazo primario con el que se ha tejido su desarrollo cultural. Para el autor del *Campo de la conciencia*, hay muy pocos países en el mundo en cuya tradición nacional la idea de racionalidad universal y de orientación hacia ella esté tan presente y juegue un *rol* tan esencial como en Francia. Y Alemania desgraciadamente no va a ser uno de ellos. Más bien todo lo contrario. ¿Significa eso que Gurwitsch está defendiendo la insostenible tesis de que el país que vio nacer a Göthe, Leibniz, Lessing o Kant, por citar sólo algunos ilustres nombres, ha estado *siempre* fuera del ideal universalista? En absoluto. Los mismos nombres que hemos citado así lo indican. En los siglos XVII y XVIII, pero también en el XIX y las primeras décadas del XX, aunque ya de modo mucho más débil, encontramos ese ideal en la cultura alemana (Husserl o Stumpf). Sin embargo, también es preciso decir que es en esta misma Alemania donde empieza a fraguarse y tener éxito la reacción contra ella. Y comienza en una fecha tan temprana como los inicios del XIX. Los máximos responsables —y ésta es su posición ampliamente sujeta a la controversia— son Fichte, Hegel y todo el así llamado idealismo alemán, que Gurwitsch enmarca dentro de la reacción romántica a la Ilustración. En su argumentación sobre este particular,

---

sus ideas al respecto, véase "Some Philosophical Roots of Nazism", [www.gurwitsch.net/philosophical-roots-of-nazism.pdf](http://www.gurwitsch.net/philosophical-roots-of-nazism.pdf), y "On Contemporary Nihilism", en Lester Embree (ed.), *Essays in Memory of Aron Gurwitsch*, Inc. Washington, Center for Advanced Research in Phenomenology / University Press of America, 1983, pp. 523-550. Hay versión castellana de este ensayo, obra de M<sup>a</sup> Luz Pintos y precedida de una introducción de Lester Embree: "Sobre el nihilismo de nuestro tiempo", *Agora. Papeles de Filosofía*, vol. 22, 2 (2003) 157-192. Jesús M. Díaz Álvarez analiza ciertos aspectos del mismo en "Ética y Nihilismo. A propósito de 'On Contemporary Nihilism' de Aron Gurwitsch", *Investigaciones Fenomenológicas* 4 (2005) 9-29.

el filósofo exiliado se apoyará, sin citarlo, en un trabajo realizado en esa misma época bajo el significativo título de *Some Philosophical Roots of Nazism*. Este texto, accesible ahora al lector en la página web del Grupo de Estudios de Gurwitsch (GREGU)<sup>18</sup>, desarrolla en 19 apretadas páginas los pormenores que en la carta sólo argumenta muy telegráficamente. Habrá que dejar para otra ocasión un análisis detallado del mismo. Pero sí conviene mostrar algunas de sus líneas maestras.

En una lectura muy similar en muchos aspectos a la de dos grandes autores liberales del XX —estoy pensando en el Popper del segundo tomo de la *Sociedad abierta y sus enemigos*, o en el Berlin de *Freedom and its Betrayal*<sup>19</sup>— Gurwitsch defenderá que el idealismo alemán es un tipo de filosofía —mitología la llega a llamar— que se aleja claramente de la tradición inaugurada en el XVII y el XVIII. En el caso de Fichte, va a centrar el análisis en sus *Discursos a la nación alemana*, pero también mencionará obras como *El estado comercial cerrado* o los *Fundamentos de la edad contemporánea*. En todas ellas podemos encontrar las primeras reflexiones sobre el carácter peculiar y distintivo de lo alemán —lo que desde ese momento se llamará *die Besinnung auf Deutschtum*, que comprende, entre otras cosas, la misión divina asignada a la nación alemana, la única y verdadera nación elegida para crear un mundo nuevo—; sobre la superioridad espiritual de la lengua germánica y el acceso, por medio de ella, al ámbito del verdadero ser; sobre la diferenciación entre los verdaderos alemanes y aquellos que no lo son; o —y esto es clave en el debate presente— sobre la contraposición, como consecuencia de todo lo anterior, entre *Occidente* y lo *verdaderamente alemán*, entre el *Deutscher Geist* y el *Esprit Française*, entre, Fichte lo dice así, la *vida* y la *muerte*. Todas estas consideraciones fichteanas, que insisten una y otra vez en la diferencia entre lo alemán, concebido como espiritualmente superior, y el resto de Occidente, se desarrollarán am-

---

<sup>18</sup> <http://www.gurwitsch.net/gregu.htm>: Aron Gurwitsch, "Some Philosophical Roots of Nazism", pp. 1-19.

<sup>19</sup> Cfr. Karl Popper, *The Open Society and Its Enemies. Volume Two: Hegel and Marx*, London, Routledge Classics, 2003. De particular interés resulta el capítulo 12: "Hegel and the New Tribalism", pp. 30-85. En 1952, Isaiah Berlin dio en la BBC seis lecciones sobre otros tantos pensadores antiliberales. Dos de ellos eran Fichte y Hegel. Esas lecciones fueron publicadas en 2002 bajo el título *Freedom and its Betrayal. Six Enemies of Human Liberty* (edited by Henry Hardi), London, Pimlico, 2003, pp. 50-104.

pliamente en la literatura germánica posterior y se convertirán en creencia común. Se sostendrá, así, que el pensamiento, el modo esencial de pensar de los occidentales es mecanicista, empirista y racionalista; los alemanes, por el contrario, son organicistas, es decir, priman el todo, y se entregan a las profundidades del alma y la sensibilidad. Los occidentales buscan constantemente el cálculo y la utilidad; los alemanes verdaderos aspiran en cambio a la comprensión de las cosas desde sí mismas. En fin, los pensadores occidentales tienen una propensión al formalismo abstracto, mientras que los *echte Deutsche* piensan de una manera más intuitiva. Podríamos seguir con la lista, pero no es necesario. La conclusión para el fenomenólogo es clara:

Los *Discursos a la nación alemana* son, si no el primero, al menos uno de los primeros documentos del nacionalismo alemán. Desde su propio inicio tal nacionalismo opone la nación alemana a la totalidad del mundo occidental.<sup>20</sup>

Sobrevolemos ahora la crítica a Hegel. El Hegel de Gurwitsch es el del espíritu absoluto que se despliega necesaria y progresivamente en la naturaleza y en la historia a fin de llegar a ser consciente de sí. Tal despliegue es absolutamente racional, por lo que la tarea del filósofo consistirá básicamente en *comprender* su realización histórica. Pero desde estas premisas, la comprensión del filósofo no se limita a una reconstrucción y explicación de un proceso determinado, sino que implica claramente una *sanción*, un *refrendo*. Todo lo que acontece lo hace necesariamente y porque es máximamente racional. De ahí la famosa frase de Hegel "Todo lo real es racional y todo lo racional es real", donde el criterio de la racionalidad termina midiéndose por el éxito de aquello que ha tenido la fuerza suficiente para imponerse en la realidad. Ahora bien, si leemos la historia política desde estas premisas, cuando un sistema nuevo se hace con el poder a lo que verdaderamente estamos asistiendo es a una manifestación racional y necesaria de ese proceso de autodesvelamiento del espíritu absoluto. Y ,por tanto, lo único que cabe hacer, como ya se sugirió *in supra*, es comprenderlo en el sen-

---

<sup>20</sup> A. Gurwitsch, "Some Philosophical Roots of Nazism", p. 14.

tido señalado, es decir, *comprender sancionando*. Pero, ¿qué pasa si el nuevo sistema político no es un hecho del pasado sino un acontecimiento presente? La actitud deberá seguir siendo la misma: *comprensión sancionadora*, aceptación con respeto, incluso con reverencia y pasión del despliegue que el *Geist* está efectuando en estos momentos. Así lo atestiguará el propio Hegel cuando contempla al victorioso Napoleón por las calles de Jena como la encarnación misma del “espíritu del mundo a caballo”. Y ahora viene la pregunta decisiva: ¿tienen algo que ver estas ideas hegelianas con la Ilustración, con el espíritu racionalista de una cultura universal proclamado por Kant o los *Philosophes*? ¿Cabe situar a Hegel dentro de la matriz racionalista-universalista? La respuesta de Gurwitsch es claramente que no. Desde los presupuestos hegelianos carece sentido hablar de aquellas grandes palabras que presiden la civilización latina: libertad, igualdad, dignidad, fraternidad, verdad. No es que Hegel no las use, pero el sentido que les da es tan diferente al de la tradición que lo que muestra es justamente su distancia con ella. Explicitemos sólo un caso que afecta a la dignidad y los derechos humanos en general. Para el sistema hegeliano, no hay, dice Gurwitsch, principios eternos, aquel reino de verdades y principios válidos para todos por igual. Por eso

no pueden ser utilizados contra cualquier sistema político o forma de gobierno [que los viole]. Por ejemplo, que la dignidad y los derechos individuales de todo humano deben ser respetados, de modo que el gobierno que los viole ya no es tal gobierno sino una tiranía. Estipular tales derechos es para Hegel darse el gusto de sostener meros ideales abstractos y vacíos, es una mera mojigatería subjetivista.<sup>21</sup>

En contra de lo que pueda parecer, el idealismo de Hegel está, por tanto, fuera de la cultura de la racionalidad que ha atravesado la mejor tradición de occidente. Y éste es el problema. Tanto sus ideas como las nacionalistas de Fichte —también fuera del ideal universalista— fueron seguidas y desarrolladas posteriormente en Alemania, cuajando una cultura que terminó en el nazismo. Dicho de una forma más matizada, al modo en que aparece en *Some Philosophical Roots of Nazism*: Alemania emprendió en el si-

---

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 10.



glo XIX un *Sonderweg* que la apartó de la Ilustración. Tal camino, del que tanto Hegel como Fichte son ampliamente responsables, *no es la causa única del nazismo, pero sí una de sus raíces más profundas y determinantes*. En resumen, el nazismo no se desarrolló en Alemania por azar; no es el fruto de la alquimia de una serie de elementos comunes que estaban presentes en toda Europa y en toda ella, en determinadas circunstancias, podrían haber fraguado. Alemania tenía las cartas marcadas.

En cuanto al interesante y matizado argumento de Cairns acerca de que muchos alemanes, más de los que inicialmente lo apoyaron, se opusieron a Hitler, y acerca de que fueron factores externos como el paro, la inflación, las malas condiciones de vida, la violencia y el terror lo que los "convenció", Gurwitsch responde que, ciertamente, todos estos elementos "hicieron su trabajo", la —dice— "parte negativa del trabajo". Pero semejante parte tuvo tanto éxito y de modo tan rápido porque la cultura alemana estaba ampliamente contaminada con los virus antiilustrados y era ya a estas alturas fuertemente antirracionalista. Si el cañamazo de la cultura alemana se hubiera opuesto al hitlerismo o, mejor dicho,

si no hubiera ninguna conexión entre la tradición cultural y el movimiento nazi, ¿cómo podríamos explicar que Hitler encontrara tantos seguidores entre los estudiantes universitarios, de quienes podría esperarse, por estar educados en la cultura alemana, una cierta inmunización frente a tal enfermedad? [...] Entre los años 1920 y 33 —continúa Gurwitsch— fui testigo del crecimiento espectacular de las fuerzas completamente opuestas al universalismo y al "nacionalismo" de la civilización occidental; fui testigo del anhelo por la *Deutsche Tiefe* y la *Deutsche Echtheit* incluso en las universidades. Sabes bien —le dice a Cairns— de la terrible decadencia de la filosofía en aquellos años y sabes el modo en que Husserl fue casi olvidado y abandonado, un Husserl cuya obra contenía las antitoxinas contra la enfermedad. La juventud alemana se sintió atraída hacia las tendencias que más tarde se adecuaron tan bien al nazismo. La latinidad se desvaneció en Alemania poco a poco, y ahora esa tradición está rota o, por lo menos, interrumpida. Es una tarea muy dura continuar artificialmente una tradición rota.<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup> Lester Embree (ed.), "Two Husserlians Discuss Nazism: Letters between Dorion Cairns and Aron Gurwitsch in 1941", pp. 98s. Quiero llamar la atención sobre el comentario de Gurwitsch a la situación de la filosofía alemana de la época. En particular, creo que resulta

Tan dura es de continuar que Gurwitsch la considerará, finalmente, una empresa vana e imposible. Esa última idea de que la cultura alemana a la altura de 1941 se enfrenta a una ruptura no suturable con su herencia ilustrada tendrá, como veremos muy pronto, unas consecuencias de gran calado en la tesis gurwitscheana.

La respuesta del fenomenólogo norteamericano, del 26 de junio del 41, seis meses antes de que los Estados Unidos entraran en guerra, es muy breve, casi impresionista, y cerrará abruptamente el intercambio epistolar y la discusión. La razón, un Cairns completamente volcado en el activismo político para tratar de convencer a sus compatriotas de la necesidad de entrar en la guerra. Es tal su pasión, elocuencia y dedicación a la tarea que llega a ser sondeado por los líderes del partido demócrata para competir por un puesto en el senado. Sus argumentos se repiten: no se debe confundir latinidad con universalidad; el ideal universalista ha tenido oponentes en todas partes desde el inicio de su formulación; Alemania no es una excepción, pero tampoco en la carencia de defensores de la racionalidad, etc. Sin embargo, junto a ellos hay uno, enunciado con igual brevedad, en el que ahora quiero reparar. A pesar de su carácter escueto y de que también aparece desperdigado aquí y allá en las otras cartas, creo que tiene una especial fuerza y relevancia en el dibujo final del argumentario de Cairns. Por eso me gustaría finalizar con él este apartado. Se trata de la consideración sobre qué esperanza le cabe en el futuro a Alemania y al resto de Europa, incluso al resto de la humanidad, si identificamos lo alemán, al menos lo alemán del último siglo y medio, como una excepción cultural que culmina en el nazismo. Cairns sostendrá que aceptar tal tesis es ponerse en manos del enemigo: ¿no es una identificación semejante la que pretenden Rosem-

---

de especial interés su consideración sobre el olvido del pensamiento de Husserl —que contenía las “antitoxinas” para frenar la “enfermedad”— y la seducción que experimenta la juventud por otro tipo de filosofía que más tarde encajaría a la perfección con el nazismo. Me parece que no es una hipótesis aventurada el afirmar que Gurwitsch se está refiriendo, sin mencionarlo, al influjo de Heidegger. Para una valoración de la filosofía heideggeriana en el Gurwitsch tardío, cfr. Aron Gurwitsch, “The Life-World and the Phenomenological Theory of Science”, en *Phenomenology and the Theory of Science*, Evanston, Northwestern University Press, 1974, pp. 3-32. Una tratamiento breve de este asunto en Jesús M. Díaz Álvarez, “Transcendental Phenomenology and the Psychological-Phenomenological Reduction in Aron Gurwitsch”, en Ion Copoeru / Hans Rainer Sepp (eds.), *Phenomenology 2005 (Vol. 3)*, Bucharest, Zeta Books, 2007, pp. 126-135.

berg o Göbbels? El pensamiento y la cultura alemana tienen unas altas dosis de nacionalismo, pero —y ésta es la convicción de Cairns también para Hegel y Fichte—, pueden ser purgados. La cultura alemana es corregible y completamente salvable si la desinfectamos del componente nacionalista; es, en suma, una tradición rota que podemos restaurar. Si no fuera posible, si de una u otra manera identificáramos lo alemán con lo nazi, eso significaría que acercarse a la cultura universal sería alejarse de Alemania, y con esos mimbres, dice Cairns, “se deja a la humanidad sin ningún plan para el futuro”. Si la reciente cultura alemana fuera incorregible, como Gurwitsch afirma, si no fuera posible restaurar una tradición ilustrada en Alemania, si no pudiéramos distinguir, en última instancia, entre “los buenos” y “los malos alemanes”, ¿habría que mantenerlos permanente divididos y controlados por potencias extranjeras?

Los alemanes no pueden ser reducidos a la impotencia para siempre [...] 80 millones de almas no pueden ser exterminadas, esclavizadas o desgermanizadas. Tenemos la tremenda tarea de desnazificar a la mayoría hoy nazificada. Tal tarea sólo puede lograrse con la ayuda de la corriente opuesta *dentro* de la cultura *alemana*. De hecho —dice lúcidamente Cairns— sólo puede ser llevada a cabo *por* ellos, fortalecidos y apoyados por los antifascistas de otras partes tanto como sea necesario, especialmente los antifascistas que no son indiscriminadamente e intolerantemente anti-*alemanes*.<sup>23</sup>

Hasta aquí el intercambio de pareceres de estos dos grandes fenomenólogos sobre la naturaleza del nazismo. Paso a continuación a hacer una brevísima reflexión final<sup>24</sup>.

---

<sup>23</sup> Lester Embree (ed.), “Two Husserlians Discuss Nazism: Letters between Dorion Cairns and Aron Gurwitsch in 1941”, pp. 92 y 94 (el primer énfasis es nuestro).

<sup>24</sup> Antes de entrar en la consideración final, me gustaría señalar que ninguno de los dos discípulos de Husserl, probablemente por esta misma condición, piensan que puede haber lazos más o menos estrechos entre la tradición moderno-ilustrada y el totalitarismo nazi. Para ambos pensadores esto sería un puro sinsentido. Sin embargo, semejante tesis ha encontrado desde hace años no pocos e importantes defensores. Citaré sólo dos de gran relevancia y amplia influencia: Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *La dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 1998; Zygmunt Baumann, *Modernity and The Holocaust*, Ithaca N.Y., Cornell University Press, 1989. Un excelente texto de Cairns de esta misma época que da muestra de la posición racionalista-ilustrada que comparte con Gurwitsch y Husserl en este asunto es el todavía inédito “A One-Sided Interpretation of the Present Situation”. He tenido la fortuna de poderlo leer gracias a la gentileza del profesor Embree. Se publicará en breve en un libro editado por él bajo el sugestivo título: *The Golden Age of Phenomenology at the New School for Social Research*.

### 3. Coda final. La tradición rota, los “malos alemanes” y la esperanza

El 9 de noviembre de 1989, hace ahora 20 años, caía el muro de Berlín. Alemania, de modo completamente inesperado, se reunificaba y terminaba, por fin, el siglo totalitario. Sin embargo, un acontecimiento de tal magnitud, y de los que raras veces se tiene el privilegio de ser testigo, se celebró con grandes dosis de contención. La alegría fue discreta. Y es que los viejos fantasmas cobraban vida otra vez. Una Alemania unida, ¿significaría de nuevo una amenaza para el mundo? Tras dos décadas transcurridas los temores han desaparecido. Alemania no es vista como un enemigo. Todo lo contrario, es un ejemplo de democracia e imperio de la ley, así como uno de los motores esenciales de la Unión Europea. El nacionalismo excluyente, tan temido por Gurwitsch, no ha desaparecido, pero es bastante residual, más que en muchos países de nuestro entorno —incluido el nuestro. Cualquiera que haya estado en Alemania periodos largos de tiempo y tenga amigos allí sabe que el nazismo no despierta otra cosa que rechazo y vergüenza, por lo menos entre la mayoría de la gente universitaria. Es un tema omnipresente desde la enseñanza secundaria hasta la superior, y la memoria del holocausto está viva en todas partes en miles de placas conmemorativas, museos y monumentos. Parece, pues, que la población alemana se ha “desnazificado” profundamente. Y si miramos a la filosofía de posguerra, resulta que el que es probablemente su pensador más emblemático, Jürgen Habermas, es uno de los paladines de la neoilustración. Alemania ha sido capaz, por lo tanto, de restablecer la tradición universalista y de luchar contra sus propios demonios familiares. Gurwitsch no lo creía posible y se equivocó. Pero, ¿significa eso que estaba completamente errado en su planteamiento general? En mi opinión el discípulo de Husserl tenía buenas razones para afirmar que Alemania emprendió en ciertos momentos del XIX un *Sonderweg* que propició en mayor medida que en otros lugares la aparición de un fenómeno con las características del nazismo. En suma, que el tratado a Husserl y a Bergson no resultó exclusivamente fruto de la pura y niveladora casualidad y que ese acontecimiento cabe leerlo desde profundas y diferentes tradiciones culturales. Una buena muestra de ello es la propia identificación de muchos alemanes con ese discurso tan popular en los años

20 y 30 acerca de las diferencias entre lo alemán y Occidente. Es muy probable, además, que ciertas lecturas de Fichte y Hegel no fueran ajenas a ello ni a esa maléfica idea de la *comprensión sancionadora*, entre otras. Pero el problema de la tesis de Gurwitsch se produce cuando a su idea nuclear le añade el corolario de que *es imposible recuperar la tradición ilustrada en Alemania*, de que no se puede —y uso el término con pleno sentido husserliano— *reactivar* la tradición universalista en la tierra de Kant; de que ya resulta imposible distinguir entre “buenos y malos alemanes”. Porque si tal cosa es cierta, lo nazi y sólo lo nazi termina definiendo lo alemán y, en consecuencia, y a pesar de negarlo en reiteradas ocasiones, el argumento culturalista de Gurwitsch se acaba convirtiendo en un tipo de definición esencialista de lo alemán, que es justamente lo que él atribuye a Fichte y Hegel. Tal esencialismo negativo no está, creo, en el corazón de su tesis y no se sigue en absoluto de ella.

Por otro lado, y en consonancia con lo anterior, me parece que Cairns erró cuando menospreció las peculiaridades de la cultura alemana a la hora de explicar el nazismo. En un reciente y magnífico libro, el historiador Peter Gay considera que uno de los misterios mejor guardados de la historiografía que cubre el periodo nazi es el saber por qué todos esos millones que no votaron a Hitler, toda esa “oposición”, se desvaneció en sólo cuatro meses<sup>25</sup>. Va más allá de mi competencia ni siquiera sugerir una respuesta, pero creo que un factor de importancia puede encontrarse en esa infección cultural que Gurwitsch retrata y Cairns se niega a aceptar en toda su extensión y poder. Es verdad, no obstante, que este último acertó en su percepción de que era posible reactivar la tradición racionalista en Alemania. En este punto su crítica a Gurwitsch y a su corolario esencialista es certera. Y también es justo reconocer que el fenomenólogo norteamericano fue un visionario a contracorriente. No era fácil en el año 1941 apostar por la reilustración de Alemania ni mirar con esperanza el futuro de un país que estaba desencadenando la Segunda Guerra Mundial. Cairns, sin el lastre de los recuerdos, las penurias y atrocidades vividas por Gurwitsch, fue capaz de atisbar en tiempos sombríos la esperanza razonable.

---

<sup>25</sup> Peter Gay, *Modernidad. La atracción de la herejía de Baudelaire a Beckett*, Barcelona, Paidós, 2007, pp. 398ss.